

Entrevista

JESÚS ALLER
Poeta y geólogo

«“Los dioses y los hombres” es un punto de culminación en mi obra»

«En el libro están mis motivos anteriores, que van del budismo al erotismo, pero más elaborados y aposentados, y hay también crítica política radical»

JOSÉ LUIS ARGÜELLES

Seis años después de «Subhuti», libro que editó hermosamente la desaparecida Libros del Peixe (Marina Lobo ha vuelto con el sello Impronta), Jesús Aller (Gijón, 1956) entrega «Los dioses y los hombres» (KRR), donde reúne sus últimos poemas. A sus conocidas inquietudes, que abrazan mística y erotismo, suma ahora otros textos de erizada preocupación social. Profesor de Geología en la Universidad de Oviedo, defensor de un original misticismo libertario muy elaborado, ha publicado «Pájaro sobre el mar» (1980-1988), «Non serviam» (1987), «Teoría del centro» (1990), «Recuerda» (2004), y el citado «Subhuti», además del libro de viajes «Asia, alma y laberinto» (2002).

—Publicó «Subhuti», su penúltimo libro, en 2006. Allí utilizaba la técnica del manuscrito interpuesto. ¿Por qué la vuelta a la poesía en primera persona?

—«Subhuti» ha sido la excepción. Cuando empecé a escribir ese libro me salían sutras, influenciado sin duda por mis lecturas budistas. Presentar, claro, ese tipo de escritura como algo propio queda un poco pedante o pretencioso. El recurso del manuscrito interpuesto surgió a partir del recuerdo de una visita que hice a un maravilloso monasterio budista en Birmania; así surgió la historia de «Subhuti», que era una forma de esconderme, quizá por pudor.

—¿Los dioses y los hombres» marca un punto de inflexión en su poesía?

—Más que un punto de inflexión es, creo, un punto de culminación. Puedo pasar años sin escribir poesía y el proceso creativo, cuando empiezo a encontrar esas voces, a escucharlas, suele durar unos meses. La escritura de «Los dioses y los hombres» se ha mantenido, en cambio, durante mucho más tiempo. En el libro están motivos anteriores, mis temas, que van del budismo al erotismo, pero con un elaboración más larga, más aposentada, más reflexiva. También hay una crítica política radical.

—El libro se divide en dos partes. La primera, «Los dioses», entronca claramente con sus preocupaciones conocidas; la segunda, «Los hombres», aporta algunos temas nuevos, un intento de poner los pies en el mundo inmediato.

—Estoy de acuerdo. Incluso se podría pensar que hay sumidos dos libros distintos, que no encajan bien juntos. Junto al misticismo y el erotismo de la primera parte, está esa otra en la que cambia hasta la métrica. Lo curioso es que son poemas, unos y otros, escritos casi simultáneamente, por lo que pensé que deberían estar juntos, aunque en dos partes diferenciadas. Sí, esa segunda parte es un aterrizaje en el mundo. ¿Para qué sirve todo ese misticismo, toda esa higiene mental que, según Nietzsche, permite el budismo? Vivimos en un mundo terrible que necesitamos mejorar, en el que es imprescindible la crítica. El objetivo de conseguir una purificación interior ha de estar en volver al mundo para tratar de hacerlo mejor.



Jesús Aller.

En el jardín

La piedra cae y cumple
un oscuro destino.

La nieve se recrea
en su final sonoro.

Hermosos epitafios
yacen indescifrables.

En el jardín sagrado
vida y muerte fundidas.

—Tras leer el libro se me ocurrió que usted es un anarco-budista.

—Sí, sí, estoy de acuerdo. Hay un poema, «Principios y finales», que habla de eso. El budismo como purificación interior, y el anarquismo como purificación de un medio social que nos coarta.

—En el libro hay homenajes explícitos a la Revolución asturiana de octubre de 1934 o a la CNT al cumplirse el centenario de este sindicato...

—Bueno, la Revolución de octubre fue un error táctico tan increíble que se hace complicado reivindicarla; yo hablo de un momento histórico muy complejo, con el fascismo en ascenso.

—Lo que yo quería preguntar es que al lector acostumbrado a sus incursiones por el budismo le pueden sorprender todas esas referencias tan explícitas, pegadas a momentos históricos polémicos.

—Me apetecía mucho hacer el poema del centenario de la CNT. Últimamente colaboro todos los meses con pequeños textos en la web de «Rebelión». Ahí hay un Jesús Aller radical, y a quien conozca esos artículos no le sorprenderán tanto estos poemas. Y, también, hay un precedente en mi libro «Recuerda», de 2004, con una segunda parte en esta línea.

—¿Le interesa volver a la poesía social, a una escritura que podríamos calificar, por sintetizar con el momento, como «indignada»?

—Sí me interesa. Y, además, admiro profundamente el movimiento del 15-M, que nos ha dado un poco de esperanza. La poesía, creo, puede tener un papel en todas estas cosas; después de todo, la poesía son palabras que emocionan, que expresan las inquietudes de la gente. En este sentido, reivindico un papel para la poesía en todas estas cuestiones sociales, actuales, palpantes.

—La poesía social ha pasado por su travesía del desierto y, ahora, hay una serie de autores que vuelven a ella. ¿Se identifica, pese a la peculiaridad de su budismo, con esa corriente?

—Sí, lo que ocurre es yo tengo esa parte mística, panteísta. Pero hay poetas como Antonio Orihuela que parten de esa base budista para hacer una poesía social; no me siento demasiado bicho raro.

—Yo veo diferencias evidentes. Usted tiene una dicción clásica. En «Los dioses y los hombres» hay un amplio uso, por ejemplo, del alejandrino en estrofas regulares. Su poesía viene de una tradición distinta a la de la mayoría de los llamados «poetas de la conciencia».

—Es cierto que en esos poetas no hay, quizás, esa preocupación formal que yo tengo. De todas formas es mi expresión, y me gusta jugar con los metros. Usted se refería al uso del alejandrino, pero hay experimentos como el romance sobre las Torres Gemelas; hay dodecasílabos... En fin, que no renuncio al juego formal y eso me aparta, quizá, de las líneas más conocidas de la «poesía de la conciencia».

—¿Ha abandonado la literatura de viajes? Recordamos su «Asia, alma y laberinto» (Libros del Peixe).

—Hubo unos años que viajé mucho por Asia, que coincidí con mi descubrimiento del budismo. Ese libro salió así, de manera muy natural. Ahora estoy viajando más por Europa, pero no, no he vuelto a la literatura de viajes.

—¿Budismo y anarquismo encajan bien o ha hecho usted su propio encaje?

—He hecho mi propio encaje, pero a la hora de la verdad hay gente por ahí, incluidos algunos de los «poetas de la conciencia», que, según me han dicho, están en la misma línea. Hay aspectos comunes, como, por no ir más lejos, la tendencia al vegetarianismo... Yo encuentro el encaje, la conexión. El budismo, si vamos a su esencia, tiene un gran potencial liberador; es un higienismo, una manera de limpiarnos la porquería que llevamos dentro. Es, por hacer una de esas definiciones sintéticas que me gustan tanto, libramos de la mentira. Si el anarquismo es una crítica de todos los mecanismos de explotación, del poder, aparece al final ese hilo común del que hablo.

—¿Y cómo lleva todas estas inquietudes junto a su principal dedicación profesional, que es la geología?

—Intento hacerlo compatible. La geología me ha permitido mirar la Tierra, que tiene una dimensión estética—también racional—impresionante, y ha hecho que aprendiera a razonar. La ciencia es un aprendizaje de racionalidad. Gracias a mi dedicación a la geología he viajado además mucho y disfrutado enormemente. He trabajado por ejemplo en los Urales, y fue una experiencia fantástica. Todo eso está también, de alguna manera, en mi literatura.

Lecturas Aquellos

Valentí Puig y sus Ratas en el jardín, un diario de hace treinta años



JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

El diario literario es, en la escritura española, un género reciente. Data de los años ochenta. Valentí Puig se encuentra entre los más tempranos cultivadores. De 1982 es su primera entrega, aparecida ese año en catalán e inmediatamente traducida al castellano en una editorial ligada a uno de los grandes cultivadores del género, Andrés Trapiello. Abarcaba ese diario la década anterior. La distancia entre escritura y publicación se iría alejando hasta llegar a Ratas en el jardín, notas correspondientes a 1985 que se publican más de un cuarto de siglo después.

Ese hecho no resulta indiferente a la hora de valorar el volumen. Un diario se escribe siempre en dos tiempos. Uno es el día a día de la anotación primera, redactada sin tener en cuenta la anterior ni, por supuesto, la siguiente, y otro el momento de la corrección y puesta en limpio con vistas a una inmediata o futura publicación. La autoría de un diario es siempre doble y tan importante es el escritor primero como el editor de después. En el caso de los diarios póstumos (los únicos existentes, con raras excepciones, hasta el siglo XX) se trata de dos personas distintas. La segunda puede cambiar para la misma obra y por eso hay tantas versiones del diario de Amiel, por citar uno de los ejemplos más conocidos.

Poesía Vertebración

La voz consumada de Recaredo Vereda en Nadar en agua helada



ANA VEGA

Aún podemos notar, palpar, el oficio en algunas páginas, la artesanía de la forma, del contenido, de lo narrado, pensado y sentido, y transferido, a la palabra, en un ritual del todo cuidado, mimado, de una exigencia máxima tanto para el lector como el para escritor. Nadar en agua helada de Recaredo Vereda es un libro para lectores ávidos de poesía, para lectores quizá más avezados o de difícil diente, para aquellos, en definitiva, que saben elegir y convertir su acierto en un vínculo de por vida, enseñanza y aprendizaje inmediato pero también definitivo. Podemos reconocer fácilmente al lector inteligente y experimentado en estas páginas, pero también su curiosidad, ese previo instante en el que tras largas horas de lectura el mordisco de la palabra llega hasta él de un modo leve, ligero pero firme hasta empujarle a una

años ochenta

No resulta indiferente que el editor de un diario (en la acepción que damos aquí al término) sea el mismo autor u otra persona distinta. El propio autor tiene mayor libertad. No suele considerar sus notas como un intocable documento histórico y por eso corta pasajes que han perdido interés o corrige las frases de deficiente sintaxis por el apresuramiento de la primera redacción.

Ratas en el jardín lo leeríamos de una manera distinta si hubiera sido publicado en fechas próximas a la escritura y ahora se reedita. Paradójicamente aún siendo el mismo texto tendría un valor diferente. Un valor mayor, creo yo. Y es que un diario, aunque sea excelente literatura, no es solo literatura. Nada de lo que digamos de un personaje de novela puede ser desmentido desde fuera de la obra. Ana Ozores es rubia o morena, guapa o fea, según nos lo indique el narrador de **La Regenta**. Un diarista puede engañarse y, lo que es peor, engañarnos deliberadamente. La libertad del novelista, género de ficción, no la tiene el diarista, que hace literatura con la historia de su vida.

Una de las anotaciones de **Ratas en el jardín** dice así: «Noche de bares en Madrid. Veo a R. C., el crítico literario que ha demostrado que se puede escribir con los pies. Su motor espiritual debe de ser el resentimiento. Huele a vinazo, y ha escrito un libro blanchotiano que ha conseguido editar gracias al chantaje. Conspirador de premios y jurados, no distingue entre Tácito y Tucídides. Pasó de la falange al comunismo. También habría encajado bien en el proceso inverso. Cita libros como quien lee un horario de trenes».

Este desahogo, escrito probablemente tras una reseña poco amable sobre un li-



Ratas en el jardín
Valentí Puig
Libros del Asteroide
Barcelona, 2012

La libertad del novelista, género de ficción, no la tiene el diarista, que hace literatura con la historia de su vida

bro de Puig, publicado en vida de **Rafael Conte**, le habría permitido defenderse (e incluso contar su versión de la «noche de bares»). Mantenerlo tantos años después dice poco de la categoría moral del autor (un concepto que en los diarios tiene su importancia).

También a **Sartre** se le «ejecuta» en unas pocas líneas (se le reduce a ser un «mentor de terroristas»), pero eso importa menos, porque Sartre tiene obviamente una dimensión muy distinta de la de Rafael Conte.

Valentí Puig hace literatura, y excelente literatura, en muchas de las páginas de

Ratas en el jardín. Satiriza con inteligencia los modos de la burguesía mallorquina de los años ochenta y se presenta a sí mismo como un burgués que sabe gozar de la vida, como un solterón que no desdén precisamente los buenos vinos ni los buenos burdeles. También nos da, acá y allá, sus opiniones políticas, a contrapelo del progresismo de la época (es un gran defensor de **Ronald Reagan**, por ejemplo).

Un dietario es siempre un autorretrato y tiene mucho de conversación con el autor. El Puig del 2011 se muestra demasiado benévolo con el que fue en 1985. Le perdona cualquier obviedad o vaguedad: «La vida intelectual es acto de soledad y pocas veces un acto solidario». «¿Por qué perdemos tanto tiempo hablando —mal— de los demás?» (Pues porque es uno de los temas de conversación que más entretiene, se le podría contestar). «He aquí un tiempo con una disposición expansiva para enaltecer la traición».

A Rafael Conte le presenta como «conspirador de premios y jurados», pero él para presentarse a un premio quiere que el editor que lo convoca le dé «la absoluta seguridad de que va a ganarlo».

Los dietarios, como las fotografías, ganan con el tiempo (sobre todo las fotografías que no pretenden ser artísticas y los diarios que no aspiran a ser gran literatura). **Ratas en el jardín** está lleno de pequeños detalles que nos remiten a otra época. Por eso se lee con gusto, aunque el Valentí Puig que pasa de los sesenta años haya sido tan benévolo con las ocurrencias y naderías del Valentí Puig que se encontraba en la treintena. Quizá es que no se diferencian demasiado.

Con llingua propia La última esperanza

Una historia cenciella, la sociedad siciliana vista por Sciascia, n'asturiano



ANTÓN GARCÍA

Arranca esta breve novela de Sciascia, **Una historia cenciella**, un 18 de marzo con una llamada de teléfono a la policía. Ese día, víspera de San Xosé, en Sicilia celebren un rito de purificación semeyante al de la nueva noche de San Xuan, prendiendo fogueres. Seique por eso **Francisco Álvarez**, el traductor del libro, déxase llevar pola referencia asturiana y confúndese de santu na páxina 16, apareciendo'l bautista en cuenta del carpinteru. Quitando esi error, la traducción resulta fluida y eficaz. Esa llamada de teléfono pon en marcha, cola conocida parsimonia de les sociedaes de memoria rural, una actuación policial que lleva a descubrir un cadabre, precisamente'l del home que fexo la llamada.

En poques páxines, con economía de medios pero ensin aforrase ningún detalle, Sciascia consigue facer un completu retratu de la sociedad siciliana y de la manera en que la corrupción va escomiendo'l texu social. Asina, mientres el sarxentu que contesta al teléfono tien el vultu de que se trata d'un asesinatu, el comisariu gárrase a la idea de que ye un suicidiu. Cuando discuten el tipu de muerte al que s'enfrenten, otros dos cadabres vienen a complicar l'asuntu.



Una historia cenciella

Leonardo Sciascia
Traducción de Francisco Álvarez
Xixón, Seronda, 2012

El llector d'esta historia, qu'ensiguida s'identifica cola perspicacia d'esi sarxentu al que los mandos presionen pa que certifique un suicidiu, asiste perplexu al xiru qu'intenten dar a la investigación los elementos corruptos del sistema, yá seyan los representantes policiales, los xudiciales o los eclesiásticos. De manera sutil, Sciascia pon n'evidencia la manera en que la mafia s'instala en tolos ciudadanos, sobornaos o non, guiando la vida cotidiana. Tamién asomen nel relatu aspectos curiosos, como la relación ente la llingua italiana y el «dialectu». La novela participa del silenciu cómplice, de la «omertà», y ye'l llector quien tien que sacar conclusiones, non mui distintes de les del testigu, l'home del Volvo: en cuenta de volver a comisaría pa denunciar un filu que quedó sueltu, preferir seguir camín de casa echando un cantarín. ¿Pa qué metese n'otru xarén, colo que-y costó salir del anterior? Los delincuentes llíbren.

Esta breve novela, la última escrita por Leonardo Sciascia (1921-1989) cuando recibe tratamiento por mor d'un tumor que diba terminar cola so vida, resume bien les característiques de la so narrativa sobre la sicilianidá: la fatalidá, la mentalidá campesina que pervive nel entornu urbanu, la dignidá de los intelectuales, la presencia poderosa de la mafia, la corrupción y, sobre manera, la necesidá de guardar les apariencies, de que too concase pa que pareza digno anque escuenda podrén. L'espíritu de desolación col que l'autor s'enfrenta a la historia queda resumíu nes palabres del vieyu profesor, amigu del muertu: «Na vida, nun ye la esperanza lo último que muere, sinon que morrer ye la última esperanza».

de un nuevo lenguaje

escritura tan limpia, transparente y aguda que tan sólo otros lectores impenitentes podrán intuir.

Escritor y lector confluyen en un libro que nos sorprende por su contundencia y buen hacer, por una voz poética consumada, más allá de la originalidad engañosa, voz calma que se tensa en cada verso hasta encontrar el modo exacto de narración, el ritmo adecuado, único para estas palabras: «Enterraste el memorial entre los surcos pero aún recuerdo las pautas. Acordamos la vigilancia de las réplicas, esquivar el camino de guijarros, buscar en las fronteras rojas de los viejos mapas, en los vaivenes de su caligrafía, sin alejar nunca el temblor ni la certeza de la muerte». Tal vez duda pero jamás lejanía ante cambio alguno, decisión y claridad en todo momento: «No moriré, aunque lo ruegues en cada sueño. No caeré bajo las cuerdas del patio ni salvaré el desplome de las fábricas. Seguiré escuchando, con el mismo cuidado y la misma fatiga. No moriré, aunque la fatiga demande silencio. Tras mis ojos yacen árboles talados, camas de ceniza. Polvo sobre polvo, sobre huesos y dientes». Tan sólo la verdad nos hará libres y también conscientes de la realidad en toda su extensión, acción y consecuencias.



Nadar en agua helada
Recaredo Vereda
Bartleby Editores, 2012
55 páginas

Este libro sorprende por su contundencia y el buen hacer de su autor

Tal vez testimonio estas palabras, este libro, de un trabajo incesante, interno y externo, racional, emocional y escrito, caminos paralelos, palabra y cuerpo, y un cierto homenaje a ese trabajo —como la dedicatoria inicial indica: «A mi padre, que me enseñó a trabajar»— y ese modo de entender el camino: «El cansancio se adentra bajo la piel con el mímico de las arañas. Avanza en el territorio del día sin otro temor que la vejez, tejendo largos mantos de sueño. Pronto

las mujeres arroparán mi cuerpo, recitaré poemas al atardecer y creeré en la palabra de los hombres».

Imágenes poderosas, fijadas en la retina más allá del poema, latiendo: «En el borde de la cama, junto a tu cuerpo desnudo. Sujetaba la mañana con cuerdas y clavos mientras la luz descendía sobre las sábanas. Respiraba bocanadas lentas que retenían los segundos en el pecho. Las horas cerraron el ángulo sin alterar su inercia». Reflexión cuya crudeza refleja la verdad, honestidad y sinceridad: «Nunca distinguimos el rostro de los adversarios. Sabemos que embozan sus mejillas con telas negras y elaboran estrategias incruentas, modificadas por el hastío. Los diarios explican la extrañeza de su dieta y los principios de su lenguaje. Recitan salmodias vertebradas en una sola palabra, repetida hasta la consumación de los signos. No han vencido, pero marcarán el trazo de las nuevas avenidas». Carácter profético, quizá, en la sinceridad de un hombre que teje una nueva vertebración del lenguaje a través de su experiencia y atenta observación, alguien que no sólo demuestra su habilidad para descifrar los códigos de la realidad sino también transcribir los jeroglíficos que hemos de vencer, tarde o temprano.